

CARLOS CAÑEQUE

La sociedad de los personajes inacabados



La sociedad de los personajes inacabados

COLECCIÓN
LITERADURA

Carlos Cañeque

La sociedad
de los personajes inacabados



Primera edición: abril de 2019

© Carlos Cañeque, 2019

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2019
c/ Flamenco, 26 - 28231 - Las Rozas (Madrid)
www.funambulista.net

IBIC: FA

ISBN: 978-84-120190-2-5
Dep. Legal: M-14386-2019

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta: *El sin cara*, © composición de Jesús de Haro, 2015

Producción gráfica: Gohegraf

Impreso en España

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

La sociedad de los personajes inacabados

Para Maite, Ana y Mireia

POZO SECO Y FUENTE AFRICANA

PRIMERA DERROTA

Asumir el fracaso. Con sinceridad, con lucidez, con resignación. El fracaso. La carencia total de talento, el olvido de mis lánguidas obras escritas en el pasado con ilusión pero sin forma ni contenido, mi futuro oscuro y vacío, la nada que nada en los lodos de la nada. Nada al revés se convierte en «adan». Un Adán sin acento en la segunda «a» y sin costilla privilegiada, famélico, sin Eva, sin paraíso, una mierda de Adán. Un Adán escorado, resentido y mudo. He de aceptarlo, ya no puedo seguir escribiendo. Mi inspiración, si algún día existió, se ha agotado. Pozo seco. Pasan los días del mes, los días del año, los de la vida. Cifras. Desierto plano, sin oasis, sin dunas, sin palmeras, sin cielos estrellados ni constelaciones

ni relieve. De mi pluma no brota ya ni una sola línea aceptable. Pienso, luego no existo. ¡Oh, pensamiento! ¡Inefable! ¡Sombrío! ¡Terrible! Mi nombre y mi dignidad arrastrados por el lodo. Me mareo, siento miedo. Me emociono. Caigo de rodillas y, deshecho en llanto fácil y afluyente, escondo mi rostro entre mis manos temblorosas. Cálidas lágrimas resbalan por mi cuello y mi vientre medio descubierto. Enciendo el ordenador. Un cigarrillo. Accedo a una nueva página en blanco. Percibo en la punta de mi lengua un dulce concepto que intuyo fructífero, que parece que quiere salir de mi cabeza rápido, seguro, dando zancadas y saltos de grandeza, pero pronto comprendo que no lo puedo verbalizar. Escribo «El concepto es...», y se me escapa el concepto, se difumina. Si no lo escribo, el concepto no existe. Luego, como dejándome llevar por no sé qué absurdo mecanismo, escribo: «Hay un grupo de palmeras y dos sombras de pescadores gordos que hablan sobre la posibilidad de que unas oscuras nubes traigan lluvia». Apago el ordenador. Pruebo con un lápiz. Escribo «El concepto es la imagen de unas sombras que hablan». Pero ¿de qué hablan? Silencio. Una máquina chirría dentro de mi cabeza. Las ruelas del desequilibrio emocional, mis piezas de ignorada función. Cierro los ojos. Me siento estrechado por un abrazo epiléptico y noto un beso helado en la frente. Abro los ojos y levanto la mirada como para visualizar opciones. En el ardor de mi ira y desconcierto, emito algún

vocablo impropio incluso de mí. Un insulto al sol, a nadie, a mí mismo. Orate. Hormigueo en mis manos. Sudor frío. Murmullos, palabras sueltas. Cuchicheos de mujeres curiosas y hombrecillos menguados. Olor a sangre sin épica. Vértigos de hoy que empezaron siendo razonamientos para tranquilizarme. Espirales que se agrandan disminuyéndome. Todos se burlan de mí. Permanezco atrapado como las muñecas rusas más pequeñas, las que ya no se abren para contener otras. Muñecas de la esterilidad. Cruelles risas desprecian mi combate interior. Florestas secas. Una contracción espasmódica me recorre el cuello y el pecho. Esta lamentable figura degradada que ahora observo en el espejo mueve mi corazón. Necesito un proyecto salvador. De entre los rescoldos de mi ofuscación creativa salta una minúscula brasita que parece bailar para mí en el aire. Es entonces cuando tomo una firme decisión: a partir de ahora, alguien escribirá por mí. Casi sin darme cuenta, estoy telefoneando a un viejo amigo que tiene mucha influencia en el mundo editorial.

—¿Hola? ¿Me oye?

—Sí, le oigo. Nueva Letra Gameto Narrativa. ¡Dígame!

—¿Podría hablar con el señor Perea?

—¿De parte de quién?

—De un amigo suyo de la infancia. Quiero sorprenderle.

—No cuelgue, le paso con NL Gameto Narrativa.

Pronto escucho la inconfundible voz ronca de Perea.

—¿Sí? ¿Con quién hablo?

—Hola, Perea, soy Cardeñosa. ¿Te acuerdas de mí?

UN NEGRO DE CONFIANZA

—Claro que me acuerdo. Pero ¿no querrás que te publiquemos otro libro?

—No, pero... sí. Este va a ser bueno, porque lo va a escribir un negro. Para eso te llamo, Perea, sé que me tienes cariño. ¿Te acuerdas de cuando de niños jugábamos al pirata maricón? Y tú todo el día tocándome los huevos, ja ja ja, Perea, qué tiempos aquellos... Voy al grano. He pensado que tú podrías conseguirme un negro de confianza. Y luego, si os gusta, si le veis posibilidades al textito, me lo publicáis en una edición barata y con poca tirada para empezar. Creo que esta vez he dado en el clavo, Perea. ¡Una gran novela! La idea es genial, pero no puedo desarrollarla... Creo que la fórmula del negro es perfecta.

—Cardeñosa, ¡sigues tan crudo y loco como siempre! ¿Que ya no puedes escribir? Pues mira, tienes una solución muy fácil, no escribas. Emplea tu tiempo en otra cosa. ¿No tienes alguna afición? Yo he empezado a jugar al golf y soy más feliz que un tonto. Búscate algo. Hoy en día no faltan

escritores, más bien sobran. Si vieras la cola de novelistas que ahora mismo espera detrás de la puerta de mi despacho, no te lo creerías. Una nueva hornada generacional se mezcla con los viejos escritores aún sin enterrar, como tú, Cardeñosa, literariamente hablando. Casi todas sus novelas las devolvemos sin leer más de media página. Y luego vienen a hablar los pobres con unas caras... Es como si hubieran suspendido el examen de su vida. Uno se suicidó tres días después de hablar conmigo, aunque nadie ha demostrado que lo hiciera por lo que yo le dije.

—¿Qué le dijiste, Perea?

—No sé bien qué le dije, la verdad, no me acuerdo. Parece que era un joven con problemas psiquiátricos muy serios, se le veía en la cara. Lo sentí muchísimo. Luego, para colmo de males, asistí al entierro y conocí a la madre, que seguía insistiendo, a pie de tumba, en que publicáramos la novela de su hijo... Un desastre. La verdad es que su novela no había por dónde cogerla. Ni siquiera se podía decir aquello de que era una obra de refinada técnica incomprendida. Siempre es un último recurso que, algunas veces, nos sirve para vender verdaderos bodrios literarios. Para quedarme con la conciencia tranquila, después del entierro, cogí la novelita y me la leí. Créeme, la cosa no se sostenía. En NL Gameto Narrativa no podemos publicar algo así. Tenemos una historia, un prestigio, Cardeñosa... No sé por qué te cuento

todo esto... Bueno, así que quieres un negro para ponerlo a trabajar, ¿eh? Por cierto, y para animarte un poco, ¿sabes que Cervantes también tuvo un negro para escribir el *Quijote*?

—No me jodas, Perea.

—Pues sí, te jodo. Me lo dijo ayer un catedrático de Literatura de la Universidad de Palo Alto, un tipo inteligentísimo que a veces nos asesora. Me contó que un moro, un tal Cid Hamed Berengenini o algo así, escribió más de medio *Quijote*. Y nosotros aquí, en España, como idiotas, sin enterarnos. Una buena prueba de la incultura de este país en el que nos ha tocado vivir. Como siempre, tiene que venir un americano, un inglés, un francés o un chino para decirnos quién escribió nuestra obra culminante. Y parece que hay pruebas que algunos están intentando tapar. La Real Academia y la ministra de Cultura lo llevan fatal. Ayer pasó por aquí un académico al que le hemos publicado un librito con fotos sobre su pueblo... Estaba como una moto. El tío está convencido de que con esto puede iniciarse una crisis de orgullo nacional de consecuencias imprevisibles. Tarde o temprano se sabrá y se armará un buen lío. Para colmo se han enterado algunos millonarios árabes y han puesto a trabajar a una comisión en la Universidad de Abu Dabi. Me dijo el catedrático de Palo Alto que, en breve, los árabes van a sacar un comunicado reivindicando algunas partes concretas de nuestro gran libro. Y puede haber amenazas de bomba.

Estos árabes no se andan con hostias. Pues sí, Cervantes tuvo un negro que le escribió gran parte del *Quijote*. Así como lo oyes, Cardeñosa. En realidad, no era negro, era un moro, pero para el caso es lo mismo. Bueno, vamos al asunto, que me esperan un montón de prometedores novelistas... Si no los despacho pronto, dejan el pasillo varios días con olor a tigre. Por no hablar del papel higiénico, que parece que se lo comen con patatas. Los nervios, ya sabes... Nada que ver con tu época. Entonces erais cuatro colgados con más hambre que ganas de cagar. De manera que quieres un buen negro, ¿eh?

—Sí.

—Déjame pensar... Creo que tengo uno. Es uno de esos negros de calidad que solo trabajan para las mejores editoriales. Educado, sensible, eficaz y discreto. Es un chico estupendo que escribe muy bien. Autodidacta, de madre española y padre guineano. Si lo piensas, tiene su gracia. Es un negro africano. Doblemente negro, funcional y racialmente, ja, ja, ja. Pero, oye, no sabes lo bien que escribe en castellano. Lo conocimos un día aquí, en el bar que está frente a la editorial. Por imperativo profesional, no te puedo decir a qué falso escritor oficial estaba esperando, no te lo creerías... Un columnista de renombre. El problema es que no tiene teléfono, ni fijo ni móvil. Solo se le puede localizar en unos billares donde le conocen por José el Escritor. Unos billares que están aquí delante. Si te pasas una tarde por allí, lo encuentras seguro.

Siempre juega en las mesas del fondo. Es alto, delgado y muy simpático. Además, no es un negro muy caro. No te puedo contar la de premios que ha ganado este tío... Eso sí, necesita un poco de cariño, porque a veces se deprime y entonces no puede escribir. Seguro que hasta conoces el sitio, los billares Mundial. Nada, está aquí, a cincuenta metros de la editorial, en la acera de enfrente. Ah, una cosa, por cierto, el trabajo del negro se paga en negro.

TODO LEGAL

—Pero es que yo negro no tengo, Perea. Lo mío es todo legal, blanco.

—Bueno, tú le pagas en metálico y ya está... Hombre, luego no se te ocurra pedirle una factura. Es un tío estupendo. El único de nuestros autores que no paga impuestos y el que más premios ha conseguido.

—¡Amigo Perea, vaya merienda de negros es esto del mundillo editorial! Además, me imagino que este querrá cobrar como las putas, por anticipado.

—Eso lo puedes negociar con él. Seguro que podrás pagarle incluso en cómodos plazos. Es elástico en todo, hasta en la cama —baja la voz Perea y tapa con la mano izquierda el auricular—, aquí en la editorial parece que se ha follado a

la mitad de las secretarías y se rumorea que es amante ocasional del consejero delegado. Parece que tiene un pollón...

—Perea, te juro que esta novela te va a gustar. La idea es buenísima, pero no la puedo escribir. Hará reír a todo el que la lea. Si quieres, la firmo con seudónimo, a ver si así vendemos más. ¿No decías que las estrategias de promoción son lo más importante? Buscamos un seudónimo con pegada, Moisés Búfalo, por ejemplo, y a vender... Oye, Perea, y cambiando de tema, ¿de verdad crees que eso de Nueva Letra Gameto es genial? Gameto Narrativa. Gameto Narrativa Infantil. Gameto Autoayuda. Perdona, pero le entran a uno ganas de mofarse.

—Sí, lo sé, es horrible, pero los nuevos dueños del Grupo Gameto son austriacos y les gustó lo de Nueva Letra... Dicen que en austriaco suena mejor. Luego se les ocurrió lo de Gameto para corregir esa Nueva Letra que sonaba un poco a ultraderecha. En el mercado nos confunden con una editorial de biología. Pero eso no es asunto mío ni tuyo.

Nada más que hablar. Me despido de Perea agradeciéndole efusivamente el contacto. Tan pronto cuelgo el auricular, salgo a la calle. Deambulo durante dos horas sin rumbo fijo, meditando sobre la operación, los pros y los contras, el negro y el blanco. Concluyo que si pongo al negro a trabajar, mi dignidad como escritor quedará dañada para el resto de mis días. Y mi conciencia se irá a...

—¡A la mierda con mi dignidad y mi conciencia! —grito con todas mis fuerzas junto a dos viejecitas que esperan el semáforo peatonal en verde. Se asustan. Se alejan unos pasos. Tal vez me toman por un atracador. Las miro y sonrío, pacífico. Ahora me toman por loco.

LOS BILLARES MUNDIAL

Cae la tarde. Mi negro ya debe de estar en los billares. Billares Mundial. Rápido. Con mis enrevesados barruntos me he alejado del barrio de los billares. Un taxi. Le digo al taxista que tengo mucha prisa. Llego. Entro casi corriendo en la gran sala repleta de mesas verdes. ¿Dónde está mi negro? Alcanzo las últimas mesas. Ya veo al moreno. Tiene ojos felinos. Me mira un instante, se pavonea. Enarbola el taco. Efectivamente, es alto y delgado. Lleva una camisa blanca abierta hasta el bajo pecho. Las mangas remangadas dejan al descubierto unos antebrazos de ébano. La fiera exige atención absoluta de los mirones. Entiza el taco y dice algo cerca de la oreja de un compañero que, después de escucharle, sonrío cómplice. Tensa mucho los músculos del cuello, venas enormes, inverosímiles, ramas arbóreas. Se sabe observado por todos. Hay un cono de luz y humo bajo la lámpara cenital que ilumina la superficie verde. Parece un campo de fútbol visto desde lo alto. La bola blanca

va a ser golpeada. Silencio. Fija su mirada, se concentra. El palo se mueve despacio. Recula. El impacto suena como un petardo. La bola blanca sale disparada contra el triángulo de colores. Las bolas chocan, rebotan, se entrecruzan, pero ninguna acaba entrando en las troneras. Paralizado, espero a que la última se detenga. Es la negra. Me acerco a la fiera.

—Hola, soy Cardeñosa. ¡No ha habido suerte! ¿Eh?

—No, así es el juego.

—Vengo de parte de Perea.

Cuando escucha el nombre del editor, se pone serio y luego abre una sonrisa que muestra todos sus dientes.

—Hola —me tiende la mano—. Yo soy José. Todos me llaman José el Escritor. Encantado. Chicos, jugad vosotros. Tengo que hablar con este señor. Jeremías, toma el taco.

Me conduce a una esquina de la gran sala. Hay algo de ominoso y majestuoso en sus lentos pasos de pantera.

—Así que usted es Cardeñosa, ¿eh? Ahora mismo, hace veinte minutos, me he encontrado a Perea en la calle. Tiene su despacho muy cerca de aquí. Me ha hablado de su caso, de lo que le pasa, de que ya no puede escribir. Es muy frecuente.

—¿Frecuente?

—Sí, es típico. Las plumas pierden fluidez y parece que el talento se agota. Algunos escritores no lo superan y sus vidas se hunden.

—José, vamos al lío. ¿Cómo nos vamos a organizar?